

# CANELOBRE

REVISTA DEL INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT / VERANO 2014 / 23 Euros

## GERMÁN BERNÁCER Y LA EDAD DE PLATA EN ALICANTE



VICENTE BAÑULS, JULIO BERNÁCER, EMILIO COSTA, JOSÉ CHÁPULI,  
AGUSTÍN DE IRÍZAR, OSCAR ESPLÁ, FRANCISCO FIGUERAS PACHECO,  
JOSÉ GUARDIOLA, EDUARDO IRLES, GABRIEL MIRÓ, EMILIO VARELA, JUAN VIDAL.



**CANELOBRE** es una publicación  
del Instituto Alicantino de Cultura  
Juan Gil-Albert, Organismo Autónomo  
de la Diputación de Alicante.

**Número 63**  
Verano 2014  
23 Euros

Depósito Legal: A-227-1984  
ISSN 0213-0467

Imprime: Ingra Impresores

## **CANELOBRE**

### **Dirección**

Queru Blanco Casanova

### **Subdirección**

Pilar Tébar Martínez

### **Consejo de Revistas**

Carmen Alemany Blay

Miguel Ángel Auladell Pérez

José Luis V. Ferris

Santiago Linares Albert

Víctor López Arenas

Ricardo Matas Pita

Rafael Poveda Bernabé

### **Diseño**

Caurina diseño gráfico

Número monográfico de *CANELOBRE*

*Germán Bernácer y la Edad de Plata en Alicante*

### **Coordinador**

Emilio Soler Pascual

### **Agradecimientos**

Alfredo Campello, Alicante Vivo, Amparo Martínez Cremades, Ana María Bernácer Guardiola, Archivo Fotográfico de la Diputación de Alicante, Archivo General de la Administración (AGA), Archivo Histórico Provincial de Alicante, Archivo Municipal de Alicante, Biblioteca Gabriel Miró de la Obra Social Caja Mediterráneo, Biblioteca Pública del Estado Alicante, Carmen Aranda López, Colegio de Arquitectos de Alicante, El nostre Alacant d'antany, Familia Vidal, Ignacio Jiménez Raneda, Ilustre Colegio Provincial de Abogados de Alicante, José Payá Bernabé, Josefina Bueno, Kike Abad Monllor, Logia Constante Alona, Manuel Sánchez Monllor, Obra Social de Caja Mediterráneo Centro de Legados, Rafael Poveda Bernabé, Ricardo Matas Pita, Rosa M<sup>a</sup> Castells González, Sede Universitaria Ciudad de Alicante, Urbipedia.

### **Solapas**

*Invitación a una fiesta en casa de Óscar Esplá firmada por amigos y familiares asistentes, 1919.*



# El joven Bernácer. *Sociedad y Felicidad.* *Ensayo de mecánica social*

Germán Bernácer fue, sin duda, el teórico español de la economía más relevante de la primera mitad del siglo XX, en un tiempo en el que sus intereses intelectuales, centrados en las crisis y, en especial, en las que se originan en los mercados financieros –el “economista de las crisis”, como le ha calificado Villacís (2011)–, diferían de las preocupaciones y ocupaciones habituales de los economistas españoles del momento, reunidos alrededor de los problemas acuciantes de la economía española y, en general, ajenos a los presupuestos y resultados de la revolución marginalista.

Como ha señalado, además, con justeza, Salvador Almenar (1983; 1989) varias circunstancias adicionales explican el singular atractivo de su tan espléndido como fértil aislamiento. Primero, los paralelismos y divergencias entre su obra y la de Keynes, el economista más influyente en las décadas centrales del siglo XX. Segundo, la desatención y el olvido de su prolífica producción intelectual por parte de la academia económica española, casi hasta el cente-

nario de su nacimiento, el mismo año, por cierto, en el que murió Marx y nacieron Keynes y Schumpeter. De hecho, no deja de ser revelador, a este respecto, que su recuperación la inicie un investigador francés, Henri Savall, que en 1975 publica los resultados de su tesis sobre Bernácer en Francia, resultados que serán editados tan tarde como en 1983, el año del centenario de su natalicio, por el Instituto de Estudios Alicantinos (Savall, 1983), y el mismo año en que Manuel Oliver Narbona publica *Perfil humano de Germán Bernácer* (Oliver, 1983). Tercero, el hecho de que Bernácer pueda ser considerado un autodidacta en economía –un *diletante distinguido* en su actitud hacia la economía, según Velarde (1984: 672)– y un reformador radical y heterodoxo en sus recomendaciones de política económica. Cuarto, en fin, la extraña coherencia entre su primera obra, *Sociedad y felicidad* (1916) y su última, *Una economía libre, sin crisis y sin paro* (1955), la síntesis de su madurez; es decir, una continuidad intelectual sostenida a lo largo de cuatro décadas, aunque acrecida por su actividad profesional en el Servicio de Estudios



del Banco de España, sus frecuentes colaboraciones en revistas profesionales españolas y extranjeras, inhabituales para los economistas patrios de la época, y sus contactos regulares con los más reconocidos e influyentes teóricos de la economía del periodo (Keynes, Robertson, Hawtrey, Gide, Seligman y otros muchos), que, como es sabido, le brindaron cálidos y públicos testimonios de afecto y reconocimiento intelectual, correspondidos con singular y púdica medida por Bernácer.

Por añadidura, y a semejanza del Círculo de Bloomsbury, del que Keynes formaba parte, y en el mismo periodo, el primer tercio del siglo XX, Bernácer ocupó plaza central en el Círculo de Alicante (Villacís, 2006), un distinguido grupo que, en la Edad de Plata de la cultura española (Mainer, 1981), reunió, en una pequeña ciudad de provincias, inopinada y espontáneamente, a un conjunto de intelectuales y artistas alicantinos -“amigos-hermanos”, según Miró-, que, aún hoy, conforman buena parte del más hondo y rico patrimonio intelectual de la provincia, a la sombra lejana de Rafael Altamira: Óscar Esplá, Gabriel Miró, Emilio Varela, Juan Vidal, Daniel Bañuls y los

*Plaza de las Barcas, actualmente Plaza de Gabriel Miró.  
Archivo Fotográfico Diputación Alicante*



hermanos Bernácer, entre otros, una nutrida tribu de asombroso talento que, en las precarias condiciones de una ciudad que carecía de tradiciones intelectuales y de mimbres académicos, retiñó sus obras de mediterráneos siempre recomenzados y, de hacer caso a Villacís, tuvo tiempo hasta para poner las bases de la macroeconomía, Bernácer mediante (Villacís, 2011).

Resulta obvio, por otra parte, que un tan denso catálogo de circunstancias raras y excepcionales no podía sino desembocar en interpretaciones distintas e, incluso, contrapuestas. Las similitudes y las diferencias entre Keynes y Bernácer, sus préstamos e influencias respectivas, previas incluso a la “vía Robertson”, están lejos de haber sido descartadas (Villacís, 2008, 2011), pese a que Velarde las deseche y Almenar las minimice, un asunto de relevante actualidad en el marco de la actual crisis y el predominio de la economía financiera, del dinero que ni se consume ni se capitaliza en actividades productivas, de las “disponibilidades” o de la “riqueza que crea antirriqueza”, en expresión bernaceriana.

El silenciamiento y el olvido, que no la marginación personal, que se cernió sobre la obra de Bernácer, bien pudo deberse tanto a la originalidad y radicalidad de sus planteamientos como a su ¿voluntaria? exterioridad respecto a la academia y a su escasa aspiración mundana, en contraste con su enorme ambición intelectual y la clara percepción de la valía de sus aportaciones. ¿Cómo explicar, si no, que Bernácer, aún desde la mínima plataforma de Alicante, no dude, en 1922, en enviar su artículo sobre la “Teoría de las disponibilidades” a más de 150 economistas extranjeros, entre los mejores de su época?

Que Bernácer, por otra parte, fuera un autodidacta en el terreno de la economía es un hecho indudable, que no empaña, sino bien al contrario, el alcance de sus logros, convirtiéndole, además, en precedente de la matematización que conocerá la ciencia económica con posterioridad (Savall, *op. cit.*: 27-28). Solo que si el énfasis en los modelos matemáticos de las últimas décadas se ha cumplido a costa del conocimiento de la historia y de la sociología/antropología – dos vías posibles de acceso al estudio de la economía, junto a la teoría económica y la estadística, según Schumpeter-, como lamentaba Samuelson poco antes de su muerte, en el Bernácer de *Sociedad y felicidad* persiste la voluntad de integrar el conjunto de las ciencias sociales en la búsqueda de una explicación totalizadora del funcionamiento de las

sociedades humanas. Y, más allá de la mera demostración, en sus posibles consecuencias prácticas, es decir, políticas. Creo, así, que puede sostenerse que estudiar a Bernácer, en el contexto de la presente crisis, tiene –sigue teniendo– una utilidad bien superior a la mera lectura historicista o el obligado tributo hagiográfico.

Que, por último, Bernácer, hijo de una familia de la pequeña burguesía local alicantina, floreciera intelectualmente en el clima de una ciudad portuaria de menos de 70.000 habitantes sin tradición universitaria revela no solo la aleatoriedad en la distribución del genio, sino la importancia de las redes informales –de colaboración y competencia sin rivalidades mezquinas, de especialización pero también de hibridación y mezcla entre patrias académicas diferenciadas– en la conformación de la vida intelectual, moral y política de las localidades y los pueblos.

### Sociedad y felicidad

*Sociedad y felicidad*, publicado en 1916, a la edad de 33 años, es el primer libro de Bernácer, iniciado en 1905, pero, sin duda, como ha destacado Almenar (1989: 54-55), y dada la proximidad de las fuentes utilizadas por el autor, que incluyen referencias a libros traducidos al español después de 1910 y a la misma guerra europea en curso, redactado *ex novo* o profundamente revisado entre 1912 y 1915, después de su iniciático viaje de ocho meses, entre octubre y mayo de 1912, a cargo de la Junta para la Ampliación de Estudios, para “el estudio de Ciencias Tecnológicas en Bélgica, Alemania e Italia” (Oliver, *op. cit.*: 40-41).

Básicamente, *Sociedad y felicidad* –un título, por cierto, que anticipa el contemporáneo campo de estudio de “economía de la felicidad” y las críticas a las limitaciones del PIB como indicador de progreso– es un libro de economía; es decir, un libro que, en dos terceras partes de sus casi 600 páginas, se ocupa de cuestiones y problemas económicos, y que, en las referidas a la política, la sociedad o la historia, restaura la primacía del “fenómeno económico” como el “más fundamental” y “condicionante” de “la evolución social en todas sus demás manifestaciones” (Bernácer, 1916: 277). Incluso la “constitución política”, la función social que, en opinión del vulgo, “determina, condiciona y dirige todo el orden social” no es sino el último efecto de la organización económica: “Las formas de gobierno –lo más externo e independiente de un régimen– influyen menos en el

estado político real que la más pequeña variación de los fenómenos crematísticos” (*Ibid.*).

Los referentes intelectuales de *Sociedad y felicidad* son, sin embargo, escasos, pese a la fecundidad de sus hallazgos. Básicamente, como ha señalado Almenar (1989: 55-58), su inspiración se funda, en el terreno de la economía, en Henry George, el autor de *Progress and Poverty* (1879), un *best seller* en su época, que pretendió ser, a un tiempo, una crítica a la dominante “nueva economía” marginalista, una propuesta de reforma económica, política y moral del capitalismo competitivo, una alternativa a los proyectos socialistas de propiedad pública e intervención estatal, y una respuesta al crecimiento simultáneo de la riqueza y la pobreza y a la recurrencia de las crisis industriales. Y en cuanto al marco intelectual de las doctrinas económicas, Bernácer se basó en *Los principios de economía política*, de Charles Gide (1883), un socialista cristiano y tío de André Gide, padre intelectual del cooperativismo y de una economía social no estatista, de inspiración moral tolstoiana.

En relación con la historia y la sociología, los mimbres con los que construye su discurso son igualmente parcos: *El compendio de sociología* (1906) de Frank Lester Ward, el introductor de la obra de Comte y Spencer en Estados Unidos y el primer Presidente de la Asociación Americana de Sociología, las obras de Herbert Spencer y referencias dispersas a Morgan, Engels y a historiadores del derecho y las instituciones.

*Georgismo* y evolucionismo, concluye Almenar, son, pues, los ejes mediante los que Bernácer se aproxima a las ciencias sociales. Y huelga señalar hasta qué punto ambas corrientes estaban incardinadas en el clima intelectual de la España de la época, a través de la institucionalización de los estudios de sociología desde fines del siglo XIX, los debates en el seno y en torno a la Institución Libre de Enseñanza, y la excepcional labor de traducción y difusión, en el campo de la filosofía y de las ciencias sociales, de Miguel de Unamuno y de Adolfo Posada, sin descontar la influencia que el libro de Bernácer ejerció en medios intelectuales tan heterogéneos como los institucionalistas y la prensa radical y libertaria.

A través de su probado *henrygeorgismo*, ingresó Bernácer “[...] en la tropilla de los economistas heterodoxos y aceptó todas las servidumbres que esto significa de cara a su éxito social frente a los que siguen los más trillados senderos –,y, confesémoslo,



con mayor rendimiento intelectual, a igualdad de esfuerzo- de los economista académicos”, escribió, adoptando un tono ligeramente desdeñoso, Velarde (*op. cit.*: 671-672). Y de la mano del evolucionismo social de Ward, heredero e intérprete del legado evolucionista de Spencer y del positivista de Comte (*savoir pour prévoir afin de pouvoir*), Bernácer elabora un vasto *tour de force* intelectual, una amplia y, en ocasiones, redundante, circular y prolija ojeada histórica, sociológica y antropológica sobre el origen y la naturaleza del Estado, las clases sociales, las causas de la guerra, el papel de la educación, el progreso moral, las ideologías y los problemas culturales, los derechos económicos, los objetivos, los medios y los obstáculos de las necesarias reformas, etc. de imposible resumen en unos pocos folios. Sin duda, toda la obra conserva la impronta de sus mentores intelectuales, teñida de un humanismo de filiación cristiana que convierte la equidad económica en la base necesaria de la organización social, y la libertad individual real –no la meramente legal, sino también la libertad económica- en el fundamento de un orden social equitativo (Bernácer, *op. cit.*: 539-549).

*Plaza de la Constitución, actualmente Portal de Elche, a principios del siglo XX. Archivo Fotográfico Diputación Alicante*





*The Author of the Wealth of Nations*

Es cierto, en fin, que, en la estela de Ward, Bernácer define un esquema de evolución social -una compleja “mecánica” en la que intervienen tanto “leyes sociales objetivas” como acciones conscientes individuales y colectivas- a partir de cuatro factores o nexos de cohesión interindividual: “el económico, el moral, el afectivo y el ideológico” (Bernácer, *Ibid.*: 458), con predominio de la “adaptación psicológica” y la socialización cultural frente a la “adaptación fisiológica” o la mera supervivencia material, una suerte de “evolucionismo psicológico”, tal como fue denominado el proyecto de Ward. Más aún, el progreso, posible que no inevitable, depende muy fundamentalmente del nivel medio de moralidad y del predominio de la cooperación integradora e incluso, con restricciones sociales mínimas y equitativas a las capacidades y a las libertades individuales, frente al afán de dominio o la búsqueda sin freno de la riqueza y el poder mediante las astucias individuales o la fuerza, y a la radical ineficiencia del socialismo estatista y burocrático.

Pero la intuición y la educación moral dependen más, señalará Bernácer, del “ejemplo” que de la “máxima”, de la realidad que del precepto, y el obstáculo mayor que enfrenta la posibilidad del progreso es que “[...] la misma causa que arrebató al trabajo sus frutos materiales, le priva de su otra recompensa: la estimación social” (Bernácer, *Ibid.*: 328), al tiempo que la riqueza se ha convertido en origen de lucros gratuitos y privilegios irritantes, ajenos al trabajo y a la colaboración al bien común, “[...]de suerte que la selección se verifica en sentido inverso y la élite social se forma con hombres de condición moral inferior” (negociantes sin escrúpulos, advenedizos enriquecidos, vagos opulentos, políticos apandadores), que, sin embargo, muestran con su falseada moralidad el camino del éxito mundano, tanto más deseado cuanto más difícil de alcanzar, cuantas más barreras se oponen a su logro, cuanto más sujeta esté la suerte de los individuos a los azares del paro, la pobreza y la incapacidad para obtener del propio trabajo recompensa suficiente (Bernácer, *Ibid.*: 336-337).

Por tanto, el principio moral, los fenómenos éticos constituyen la base del progreso posible, de la dicha humana y hasta de las mejoras productivas, de

la misma forma la desmoralización es la causa invariable de la ruina de naciones e imperios. Pero la educación moral resulta de la ejemplaridad de la atmósfera real, y la realidad de la época no era favorable a producirla: “La causa íntima del fracaso de las reformas políticas se comprenderá ahora; no es otra que el fracaso moral de la sub-estructura económica. El liberalismo es irrealizable, porque nuestro régimen social desarrolla tales apetitos, que un país abandonado a ellos acabaría por aniquilarse [...] El problema social no es, en suma, un problema moral, como no es un problema político, aunque en todos estos aspectos se manifiesta” (*Ibid.*: 339).

### **El liberalismo irrealizable, la democracia imposible, el estatismo indeseable**

La condición paradójica del liberalismo, en efecto, resulta de la combinación de desigualdad económica e igualdad política. O, si se quiere, de la contradicción entre plutocracia y democracia: “Casi toda la mecánica política está determinada por el hecho fundamental de la lucha entre la oligarquía plutocrática y las clases excluidas del poder, que tratan, por su parte, de defenderse contra la preponderancia oligárquica, influyendo en el gobierno y estableciendo su soberanía (*democracia*)” (*Ibid.*: 278).

El esquema de estratificación social en el que se asienta el análisis de Bernácer es bastante simple; de hecho, tan simple como efectivo (*Ibid.*: 277-299). De un lado, la plutocracia oligárquica, que, pese a su escaso número, y en razón de su condición económica y de su superioridad cultural, puede maximizar, por múltiples vías, su influencia política. Primero, porque su independencia económica le permite, con ventaja frente a quienes dependen de su trabajo y con frecuencia de la merced ajena, dedicarse de lleno a la vida política y a la defensa de sus intereses a corto y largo plazo, a diferencia de quienes no pueden dejarse absorber por otras atenciones sin quebranto de su provecho necesario e inmediato. Segundo, porque defendiendo intereses más que ideas, los partidos y coaliciones que forman obran con mayor cohesión y unidad, ya que mientras la comunidad y solidaridad de intereses son concretas



*Algunos miembros del grupo de Bloomsbury*

y visibles, las diferencias de criterio en torno a soluciones teóricas sobre problemas prácticos tienden a tornarse irreductibles, y las enconadas diferencias entre los partidos animados por ideales democráticos resultan desmoralizadoras, ineficaces y un arma fácil de explotar por sus adversarios. Tercero, porque el dinero permite comprar voluntades y sostener medios útiles para la propaganda política —periódicos, escritores, oradores, autoridades, expertos—, que, junto a la disposición a admirar a los ricos y poderosos y el desprecio a las personas de condición pobre y media, como ya observó Adam Smith, es la principal fuente de corrupción de los sentimientos morales, y predispone al desarrollo de codicias y bajezas por interés o por supervivencia. Así: “Para las clases económicamente privilegiadas que ven amenazados sus intereses, destinar una parte de sus rentas a mantener su preponderancia política es una empresa reproductiva” (*Ibid.* : 281).

Justo debajo de la oligarquía está la mesocracia, las clases medias profesionales o burocráticas. Bernácer, en efecto, no distingue entre vieja y nueva pequeña burguesía, entre artesanos, pequeños agricultores, comerciantes y empresarios o trabajadores por cuenta propia y las nuevas profesiones de “cuello blanco”, que requieren de la disposición de títulos y estudios universitarios que solo posiciones relativamente acomodadas estaban en condiciones de proporcionar. Tampoco muestra un gran aprecio por la capacidad de las nuevas clases medias para mejorar la eficiencia económica, ni para procurar una mayor justicia social, ni para desvincular sus intereses de los intereses de los poderosos.

Bien al contrario, el profesionalismo y la burocracia, al fin otra oligarquía, son la consecuencia de la destrucción del antiguo régimen gremial y el paralelo ascenso de la plutocracia industrial, que requirió para su dominio del concurso de los nuevos estratos medios, que podían eficazmente combatirlos, obligando a concederles privilegios y a hacerlas

partícipes de las ventajas del poder, siendo el “monopolio profesional” y los “destinos públicos” (sanidad, educación, cuerpos de la administración) “los dos señuelos que han servido para atraer y ligar la mesocracia a los poderes públicos” (*Ibid.*: 282). La influencia mesocrática en la política ha sido, en los hechos, el principal agente del crecimiento de la burocracia –pública y privada, civil o militar, allí donde la debilidad de las oligarquías las lleva a apoyarse excesivamente en la coerción-, al no haber encontrado otro medio de evitar la timocracia que separar la función gubernamental y política de la administración, y entregar ésta a funcionarios especiales, “[...] garantizando su independencia con sueldos elevados, inamovilidad y otros privilegios [...] sin gran beneficio para las otras clases allí donde el sentido moral de los burócratas, reflejo del de las clases medias y más elevadas, ha resultado deficiente” (*Ibid.*:284).

Por último, está la mayoría, el pueblo, la “democracia”, cuya influencia en el ejercicio del poder resulta tanto más eliminada cuanto en mayor inferioridad cultural y miseria se halle: “La democracia es tan ajena a la realidad política, que el valor que se suele dar a esa palabra no es el de gobierno por el pueblo, sino el de corrección de las arbitrariedades de las clases gobernantes” (*Ibid.*: 285), cuestión que depende no tanto del régimen legal como de la capacitación de la población y del grado de moralidad de los gobernantes. Cuando estas circunstancias faltan, cualquier constitución, por previsora y liberal que sea, tiende a convertirse en un régimen puramente formal, cuya conculcación, al servicio del partido o de la clase dominante, es fácilmente justificada por las necesidades de gobierno. Entonces, “[...] aunque la base del poder político sea teóricamente la democracia, en realidad lo es el caciquismo y caudillaje [...]” (*Ibid.*: 286), causas y consecuencias de la dependencia económica y de la inferioridad cultural de la mayoría.





*Imagen del puerto de Alicante en 1882.  
Foto S. M. Archivo Alicante Vivo*

Bernácer, en efecto, en las condiciones de la España de la Restauración, no confía demasiado ni en el juicio del pueblo, incapaz por su escasa cultura de comprender las ideas ni de guiarse por juicios reflexivos, y propenso a dejarse seducir por señuelos brillantes y efectistas –demagógicos o revolucionarios–, ni cree en una democracia puramente formal, que al extender el sufragio y los derechos políticos a gentes no liberadas por la cultura y la elevación material, “[...] no ha hecho sino convertirlas en una fuerza política, ciega e incontrolable, legal pero absurda, que manejada caprichosamente por caciques y políticos anula por el número toda la opinión más capacitada [...] de modo que el poder está de hecho más sometido al capricho de los gobernantes que si los derechos políticos fueran restringidos, pues en este caso sus abusos se verían contrarrestados por los intereses en cierto modo antagónicos de las clases medias cultas” (*Ibid.*:287-88). Pero el parlamentarismo, precisamente, ha abierto oportunidades de carrera política a los miembros de estas que podrían ejercer la censura, reconciliándoles con el orden existente. Mientras, las masas desorientadas recaen en la indiferencia y en el abstencionismo, o bien se entregan, a consecuencia de los sufrimientos

que padecen y de su falta de cultura, a sentimientos anárquicos, que las hacen proclives a absurdas prácticas revolucionarias.

En definitiva, las clases sociales son el sustrato de la organización política, al tiempo que son el resultado del reparto inequitativo de la producción, de modo que, “[...] siendo opuestos e inconciliables por su mismo origen los intereses de esas clases, el poder no puede ser ejercido armónica y simultáneamente por ellas” (*Ibid.*:318). Recaerá necesariamente en manos de aquellas que tienen mayor influencia social, que lo ejercerán en provecho propio y para aumentar sus privilegios, a poco que se lo permita el escaso poder económico y la parva autoridad intelectual de las demás clases; vale decir, en las condiciones del modelo político de la Restauración, la alianza entre la oligarquía plutocrática y la mesocracia frente al resto de clases excluidas del poder.

“Luego todas las organizaciones políticas actuales ofrecen en general los siguientes caracteres: gobierno dominado por la influencia plutocrática; una gran parte del poder reside en las burocracias, predominando la civil o la militar, según los casos; privilegios mesocráticos proporcionados a la necesidad de atraerse a las clases medias; influencia democrática mínima –independiente del carácter liberal de las leyes–” (*Ibid.*: 319). Y ni las revoluciones ni las reformas políticas serían útiles para modificar sustancialmente estos rasgos –en todo caso, invertirían el orden de las clases que acapararían los privilegios, o instaurarían la anarquía o un equilibrio catastrófico entre las mismas, de no haber ninguna capaz de imponerse–, siempre que no vengán precedidas por cambios en las formas de organización de la economía y en la elevación general del grado medio de cultura de la democracia.

Ni la libertad –incompatible con cualquier privilegio–, ni la igualdad real –que no la civil y política–, ni la fraternidad –a menos que supongamos individuos angelicales– son, en fin, realizables en este régimen de clases divididas, y “[...]la absoluta igualdad política, en tanto subsistan los privilegios económicos, solo conduce a que el efecto de esos privilegios pueda ejercerse más libremente, a que se extreme la desigualdad real y, por tanto, la opresión política de las plutocracias” (*Ibid.*:322). Bien al contrario, entregar las democracias –es decir, las clases excluidas del poder– al libre juego de las fuerzas económicas equivaldría a hacerlas más fácil presa de las demás clases, de modo que los mismos partidos liberales

concluyeron que un cauto intervencionismo estatal –materializado, por ejemplo, en la educación pública obligatoria– en favor de los desfavorecidos era necesario para corregir el egoísmo sin freno de las clases poderosas, neutralizar la manifiesta inferioridad económica y cultural de las menesterosas, y sostener un mínimo sentido de comunidad de intereses, materializado en la continuidad del Estado. Y “[...] de todo esto resulta que el liberalismo es irrealizable en la actualidad” (*Ibid.*: 324), pese a las buenas intenciones que, teóricamente, animaron su proyecto. El liberalismo, pues, es incompatible con la democracia e inconsistente en los hechos respecto a sus presuposiciones declaradas.

¿Sería el socialismo estatal, sin embargo, más eficaz democráticamente? No, desde luego, según Bernácer, ya que la base de toda organización social que tienda a la perfección debe ser la equidad económica, y el único modo de asegurar la equidad es la libertad, que permite al hombre desenvolver sin trabas todas sus aspiraciones y crear estímulos al desarrollo más completo y armónico de todas sus facultades (*Ibid.*: 539). En realidad, mientras no se modifique la producción en su totalidad, todos los cambios que se aporten a la redistribución –salario mínimo, jornada máxima, inamovilidad de los empleos, seguro obligatorio, etc.–, solo conducirían a burocratizar la sociedad, alcanzando sus beneficios solo a una parte de las clases inferiores –aquellas que tienen ocupación fija y reglamentada–, en detrimento de una nueva casta de parias, que no disfrutarían de tales ventajas, dando por resultado la pérdida de unos en beneficio de otros, o mermando la parte de todos en razón de las regulaciones y complicaciones introducidas, el mal propio de la administración pública en el que incurre el socialismo de Estado.

Si nadie trabajara, en fin, con un interés directo en la producción (derecho al uso de la tierra y al ejercicio del trabajo), la contratación (librecambio y cooperación) y el consumo (derechos de uso y acumulación) –los derechos económicos del hombre (*Ibid.*: 539-549)–, solo una administración modélica y desinteresada, sostenida en el tiempo y perdurablemente ajena al clientelismo y la improbable hipótesis de individuos dotados de cualidades moralmente superiores permitiría que la imprescindible iniciativa individual, sofocada por el exceso reglamentista y burocrático, resultara compensada por una aplicación regular y mecánica. Pero, ¿es racional esperar tal modificación en los hábitos individuales y colectivos? (*Ibid.*: 326)

### **Bernácer reformador**

Bernácer aspira, en efecto, a una organización económica racional, realista y equitativa –que no igualitaria en los resultados, algo profundamente indeseable (*Ibid.*: 566)-, que, además, no requiera una humanidad transformada, un “hombre nuevo”, supuesto en la escatología revolucionaria o en las pastorales utópicas. Por así decirlo, como para Brecht, el “hombre nuevo” de Bernácer no sería sino el “hombre viejo” en circunstancias nuevas, circunstancias que pivotarían alrededor de la nacionalización de los recursos naturales y el derecho al libre uso de la tierra; la desaparición, en fin, de la propiedad privada del suelo (*Ibid.*: 542), de la que se derivarían incontables ventajas.

Primero, una nueva condición del trabajo, con mejoras en la remuneración de los productores y un aminoramiento considerable de la jornada laboral, progresos hechos posibles a través de la introducción de los avances técnicos de la segunda revolución industrial (electricidad, mecanización) y del dominio de las fuerzas naturales, de modo que hasta los trabajos más penosos, degradados y sucios gozarían del atractivo de que, al ser más inhabituales y menos demandados, resultarían también ser los mejor retribuidos (*Ibid.*: 550-556).

Segundo, cambios relevantes en la vida pública, desde la simplificación y descentralización de la administración pública y la democratización cooperativa de la gestión del peculio comunal, mediante referéndums y asambleas, hasta la desaparición de la fuerza armada, protectora de la continuidad de la desigualdad, y del ejército permanente; el desvanecimiento del poder político y los partidos políticos, limitados los negocios públicos a mera gestión intervenida por las administraciones comarcales, asistidas, para corregir su impericia, por “cuadros técnicos especiales”; la erradicación del mismo sufragio, los derechos políticos en que se creyó ver la realización del ideal social, cuya exigencia caería en desuso desaparecidas las circunstancias que hacen ambicionar el poder por sus ventajas (*Ibid.*: 557-565).

Finalmente, una transformación radical de la vida social, ya que “[...] conferir al trabajo toda la preeminencia social de que hoy goza la riqueza, hacer depender únicamente de la medida en que se contribuye al bienestar colectivo el grado de bienestar material y de consideración social del individuo, es un hecho que entraña la revolución más grande de la historia. Representa la alteración completa de todos los valores morales, y su influencia se extenderá a todos los órdenes” (*Ibid.*: 565). Implicaría, según Bernácer, por ejemplo, la desaparición de las clases sociales, aunque no de las diferencias sociales, que, en su opinión, no podrían ser demasiado grandes, siempre que la posición económica dependiera exclusivamente de la diversa productividad y de las diferentes aptitudes para el trabajo; siempre, en fin, que reposen solo en el esfuerzo personal y no en la solidificación de privilegios espurios y riquezas permanentes.

En esa nueva sociedad, regida en exclusiva por el trabajo –“El más alto principio de la moral económica está encerrado en el sencillo precepto bíblico: ‘Ganarás el pan con el sudor de tu frente’”, escribirá Bernácer (*Ibid.*: 329)-, además, la verdadera jerarquía social vendrá dada por el quehacer de orden intelectual, el cultivo de la ciencia y del arte, accesibles a todos, y el grado en que cada cual aumente el capital de ideas, conocimientos y experiencias estéticas para la mayoría. En una sociedad verdaderamente culta, el juicio público será más eficaz, en orden a sancionar las transgresiones morales, que la disposición de códigos y jueces, siempre sensibles a las presiones que la riqueza no ganada ejerce sobre las conciencias y a los falsos prejuicios que difunde. La mujer misma se verá dignificada y rehabilitada, al no tener que depender del matrimonio de conveniencia ni de la seducción galante para labrarse una vida independiente. Y la educación dejará de estar regida por criterios utilitarios –estudios y conocimientos que se llaman prácticos, porque se dirigen a cuidar del éxito personal y de la conquista de la fortuna o del sustento, sin que posean valor social ni proporcionen satisfacción individual- para desarrollar individuos autoconscientes, útiles a la sociedad y a sí mismos, dejando de lado ideales humanos an-



tisociales, imposibles de satisfacer armónicamente, como el deseo de lujo, el espíritu de dominio, la avaricia o la vanagloria (*Ibid.*: 565-576).

¿Es posible, sin embargo, que una única medida, como la eliminación de la propiedad privada de la tierra -impracticable, por otra parte, en lo inmediato- pudiera tener tan grandes efectos económicos y políticos, y surtir tan fecundas conquistas sociales? Bien, en el terreno estricto de la economía importa resaltar que Bernácer es consciente de la dificultad de nacionalizar, en el corto plazo, los recursos naturales privados, por lo que aconseja la implementación de medidas transitorias, como su progresiva adquisición por el Estado mediante una emisión de deuda pública a muy largo plazo, la prohibición de enajenar libremente las tierras y la inmediata cesión de las adquiridas a los cultivadores bajo arriendo.

Además, como escribirá Almenar: “Esta estrategia gradualista se complementaría con la regulación directa que impidiera la especulación financiera (introducción de títulos nominativos), mediante la ‘supresión de las Bolsas’, la apertura de líneas de crédito sin interés; así como la desaparición del proteccionismo” (Almenar, 1989: 69; Bernácer: 362-370), cuestiones que informarán también las obras posteriores de Bernácer, de carácter más marcadamente económico.

Se trata, en fin, de un modelo que es tributario y que comparte elementos comunes con la literatura republicana y radical de principios de siglo, atenta a la mejora social y de la eficiencia en el proceso de adopción de decisiones y, por tanto, crítica con el parlamentarismo del periodo. Y es también un modelo de orientación tecnocrática, de impronta *saint-simoniana*, que confiaba, como en el caso de Ortega y de otros pensadores españoles, a las elites intelectuales la tarea de recomponer las relaciones entre una sociedad desvertebrada y un Estado corrupto, ineficiente y capturado por el dinero, esa mercancía injustamente distribuida y universalmente deseada por todos y para todos, como escribió el mismo Bernácer.



*John Maynard Keynes*

## Conclusiones

De esta primeriza obra de Bernácer hay que destacar, sobre todo, su intento de aunar un preliminar esbozo de análisis económico y una crítica explícita a la realidad económica, política, social y cultural de su tiempo con voluntad reformadora, animada por una probidad intelectual y moral, que, en ocasiones, se inspira explícitamente, como resaltó Savall, en una suerte de humanismo cristiano, al tiempo que participa del espíritu regeneracionista de la época. Fue su propósito, desde el inicio de su vida pública, proporcionar instrumentos intelectuales y de análisis científico para la solución de los problemas sociales que, en los inicios del siglo XX español, se resumían en el desempleo, la pobreza de la mayoría y la riqueza inmerecida de unos pocos.

Para erradicar dichas lacras, y en el marco de una economía competitiva de mercado, cuyas virtudes Bernácer ensalzará siempre frente a las tentaciones estatistas y las ensoñaciones utópicas, abogó por la socialización de los recursos naturales, la cooperación autogestionaria del trabajo y la desaparición de la especulación financiera, a través de la supresión de las Bolsas y del interés del dinero.

Para Bernácer, en efecto, el valor social por excelencia es el trabajo, así como el desempleo estructural es consecuencia de la inestabilidad inherente a los mercados financieros, por causa de la actuación incontrolada –desregulada, diríamos hoy– de ingresos no ganados mediante el quehacer productivo, como el interés del dinero, que desalientan, conforme las finanzas se hacen más complejas y rentables, la inversión en la economía real. En consecuencia, para lograr el equilibrio en una economía en crecimiento, abogará por una drástica restricción de los mercados financieros. El dinero debe realizarse en la inversión productiva, puesto que hacerla depender del mercado financiero, de forma generalizada, equivale a frustrar la economía provechosa y a convertirla en tributaria del parasitismo rentista. Así, en su opinión, la manera más radical de impedir la especulación sería suprimir la propiedad privada de los valores de renta, que permiten a sus propietarios acumular riqueza y privilegios sin participación en las labores que crean bienes y servicio útiles.

La actualidad de Bernácer, en un mundo que se ha visto abocado a una grave y generalizada “Gran Recesión” a consecuencia de los desmanes financieros, viene dada, pues, por la radicalidad de sus propues-

tas: “El valor de renta que el lucro da a la riqueza, no por su inversión, sino por su posesión, es lo que comunica principalmente a la sociedad actual su aspecto peculiar de persecución de la riqueza por sí misma, ese sello de sordidez y codicia, junto al lujo estéril, que es la característica económica y moral del momento social presente o al menos el aspecto que tiende a desarrollarse a expensas de otras más nobles cualidades. Si es a la posesión de la riqueza, y no a la capacidad útil del trabajo, a lo que ha de estar vinculada siempre la mayor ventaja social, el mejoramiento moral de la sociedad –que es el fundamento de su progreso– será una obra muy lenta o acaso imposible” (Bernácer, 1925, citado en Cid, 2009: 3-4).

“La paradoja de Bernácer –escribirá Almenar, al analizar las reacciones respectivas de Keynes y Bernácer frente a la Gran Depresión del 29– consiste en que si a nivel teórico se queda a mitad de camino de la *General Theory*, en el plano político fue mucho más allá” (Almenar, 1983: 157). Mientras Keynes confió en el control social de la inversión y en la lenta “eutanasia del rentista”, Bernácer propuso la “socialización de los ahorros” por medio del Banco Central y organismos mixtos que eliminaran la divergencia entre ahorro e inversión y, por tanto, el ciclo económico. En 1955, en la que será su última obra –*Una economía libre, sin crisis y sin paro*–, ya jubilado del Banco de España, sistematizará el conjunto de reformas, sin coordinación definitiva, que había sugerido en obras anteriores: “Socialización de los recursos naturales, desaparición de la Bolsa, creciente participación obrera en la producción industrial, socialización del ahorro para financiar bienes y servicios colectivos y garantizar la estabilidad económica del crecimiento. Todo ello con el criterio de aunar libertad, eficiencia y equidad frente a las diferentes formas estatalistas” (Almenar, *Ibid.*: 158).

Cierto, para concluir, las teorías sociales de Bernácer pecan del mecanicismo que el subtítulo de su primer libro –*Ensayo de mecánica social*– ya enunciaba y anunciaba, un tributo al confiado cientificismo newtoniano/ cartesiano de la época y su *aftermath* –el elitismo meritocrático que alienta en su obra– y al legado positivista de sus maestros. Los sistemas sociales son, de entre todas los tipos de estructuras posibles, los más complejos, singulares e inestables, y tienen, además, tres características distintivas: i) no existen con independencia de la acción humana, que los reproduce, modifica o desmantela; ii)

no operan, por tanto, ni hacen sentir sus efectos al margen de las *concepciones* que los agentes sostienen sobre su actividad (incluso la explotación/dominación requiere de cierto consentimiento de los explotados/ dominados), porque dependen de la *acción* y de las *concepciones* de los agentes/sujetos –conceptos anfibológicos–; iii) las estructuras sociales son sólo relativamente duraderas, están sujetas al cambio y a la transformación; son *históricas*.

Las realidades sociales, por tanto, no son simples, sino extraordinariamente complejas, con su propia e intrincada historia. Y, por tanto, no hay leyes universales, deterministas y reversibles, que las gobiernen –ni, tal vez, tampoco en buena parte de las realidades naturales–, sino una mezcla de determinismo y probabilidad, de azar y necesidad, contingencia determinada, aunque no enteramente aleatoria. Sin duda Bernácer, ingeniero químico antes que economista, hubiera refinado un tanto sus análisis de haber conocido a Ilya Prigogine, premio Nobel de química en 1977 por la creación del concepto de “estructuras disipativas” en 1967. Pero Bernácer había muerto antes de esa fecha, en 1965, en Alicante, en su playa y en su cielo. Descanse en paz. Y honremos su memoria, tan injustamente postergada.

### Bibliografía

- ALMENAR, Salvador, “Contra la corriente: Germán Bernácer (1883-1965)”, *Revista de Historia Económica*, Año 1. Nº 1, 1983, pp. 153-159.

“Sociedad y felicidad. El pensamiento económico de Germán Bernácer”, *Historia social*, Nº 4, 1989, pp. 53-79.

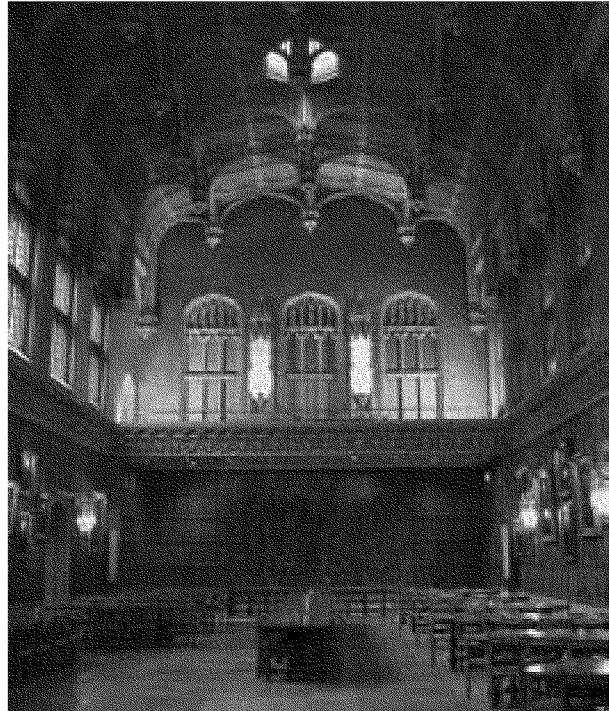
- BERNÁCER, Germán, *Sociedad y felicidad. Ensayo de mecánica social*, Madrid, Francisco Beltrán, 1916.

*Interés del capital. El problema de sus orígenes*, Alicante, Lucentum, 1925,

*Una economía libre, sin crisis ni paro*, Madrid, Aguilar, 1955.

CID, Rafael, “Germán Bernácer y las crisis económicas”, *Le Monde Diplomatique edición en español*, marzo de 2009, Nº 161, p. 26.

MAINER, José Carlos, *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1981.



*Trinity College, Cambridge*

OLIVER NARBONA, Manuel, *Perfil humano de Germán Bernácer*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1983.

SAVALL, Henri, *Germán Bernácer. La heterodoxia en la economía*, Alicante, Instituto de Estudios Allicantinos, 1983.

VELARDE FUERTES, Juan, “Notas bibliográficas. Crónica del homenaje español a Germán Bernácer”, *El Trimestre Económico*, Vol. 51, nº 203, 1984, pp. 670-680.

VILLACÍS, José, *Germán Bernácer y el Círculo de Alicante*, Madrid, Belgeuse, 2006.

*Teoría de las disponibilidades, del interés y la renta*, Ed. Complutense, Madrid, 2008.

*The origin of macroeconomics*, Lid Publishing, Connecticut, 2011.